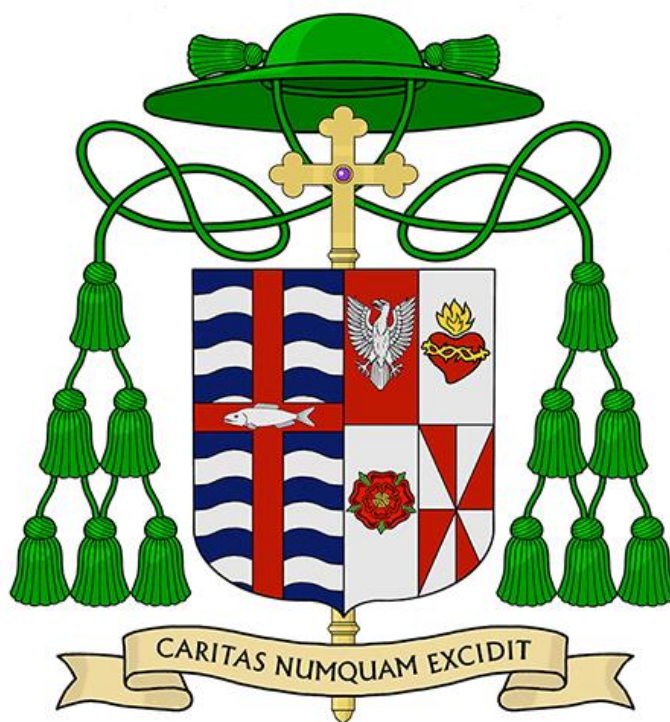

VAYAN Y HAGAN DISCÍPULOS



EL REVERENDO DONALD J. HYING
OBISPO DE MADISON
EL 31 DE MAYO, 2020

Jesucristo murió por usted. Para usted, la persona que recibe estas palabras, Dios—el Creador Eterno—se convirtió en un ser humano, entró en el desorden de la humanidad, vivió, trabajó, amó y rezó con quienes lo rodeaban, y al final de una vida joven, fue condenado injustamente, cruelmente torturado y muerto como criminal en una cruz.

Lo hizo por usted.

Deténgase, incluso por un segundo, y considere eso.

Es probable que lo haya escuchado antes—tal vez incluso cien o mil veces—pero reconsidérelo; intente internalizarlo de nuevo.

Ahora, considere su vida. ¿Se ve fundamentalmente afectado por la realidad de que Dios lo ama tanto? ¿Esa verdad cruza por su mente diariamente? Debería. Si realmente consideramos ese don profundo—que el Señor de la vida, el Altísimo, nos ha amado—debería cambiarlo todo. ¿Pero lo hace?

¿Nos importa que todo lo que la condición humana involucra—incluso el pecado, el sufrimiento y la muerte—ha sido redimido? En su pasión y sufrimiento, Jesucristo ha transformado todo lo que sufrimos. Él sufre con nosotros, Él "co-misera", y hay un gran consuelo en eso. Pero también nos redime y eso lo cambia todo. La pasión y muerte de Cristo no quita lo que soportamos, sino que lo eleva a lo divino y lo transforma. Como prometió nuestro Señor, al tomar nuestras cruces de la manera en que lo hizo, también podemos seguir su resurrección y su vida eterna.¹ Cambia la trayectoria de la existencia humana. **Debería** cambiar todo sobre la forma en que vivimos. Miedo, ansiedad, dolor, tristeza, todos los nuestros pueden unirse a los de Él. La esperanza de la vida eterna destruye nuestra desesperación.

En los tiempos recientes en particular, ha habido un enfoque renovado en el sufrimiento humano. Una nueva enfermedad ha traído una angustia inmensa, no solo a nivel de enfermedad y muerte, sino también a través del aislamiento, la depresión y la miseria que puede provenir de la pobreza económica. Las familias se encuentran separadas, los ancianos quedaron aislados y las personas quedaron en la miseria financiera. Ha habido un aumento en la violencia doméstica, los disturbios civiles y el suicidio. En resumen, el sufrimiento ha ido en aumento y ha estado mucho en nuestras mentes. A través de todo esto, las personas de fe han soportado la separación entre sí y han carecido del apoyo de la comunidad y, lo más poderoso, de la falta de acceso inmediato a la gracia sacramental. Para aquellos que no tienen amarras en la religión revelada, esto puede no importar.

Pero para aquellos con una fe fundada en la revelación de Dios en Jesucristo, todo este sufrimiento puede entrar en un contexto nuevo y significativo. Este reciente susto de salud ha hecho que nuestra misión esencial de evangelizar el mundo sea aún más urgente. Nos damos cuenta de cuánto necesitamos a Dios.

Algunas personas han experimentado un tremendo aislamiento, otras han visto el estrés de la vida comunitaria llevado a un punto de ebullición a medida que los desafíos de la vida familiar o las frustraciones de vivir con otros seres humanos imperfectos se han compactado en un espacio cada

¹ Cf. 2 Timoteo 2:10-12; Romanos 6:8

vez más pequeño. Y, sin embargo, muchas personas han sentido nuevamente nuestro deseo radical por la Iglesia, la oración, la Eucaristía y la fe.

Dios desea comunidad en la humanidad, pero desea comunión que da vida. Él desea una comunión que tome nuestra realidad caída y la reconcilie. Cristo nos ofrece esta salvación.

Tenga en cuenta que, durante la mayor parte de la historia humana, la noción de que haya UN SOLO Dios (en oposición a una multitud de deidades) no fue ampliamente entendida. Con el tiempo, Dios se reveló a su pueblo elegido. Pero incluso entonces, Dios estaba oculto, se les reveló lentamente y de una manera misteriosa. Sí, tuvo a sus profetas y mediante ellos se reveló al mundo a través de sus obras poderosas y palabras proféticas. Pero incluso para sus mensajeros elegidos, Dios se reveló de manera indirecta, en forma de fuego, una voz, un ángel, no de manera directa. Por mucho que Isaías, Oseas y Ezequiel quisieran ver el rostro de Dios, ninguno de ellos se habría atrevido a imaginar que Dios se humillaría tan profundamente como para convertirse en una de sus criaturas, encarnado como todos nosotros y luego someterse a una muerte horrible. La convicción, (como se expresa en el "verso del letrero del estadio", Juan 3:16) de que "Así amó Dios al mundo, le dio al Hijo Único", es profundamente radical.

Dios ama al mundo; Él ama a usted. Jesucristo no solo murió por nosotros, sino que murió para que una relación con Dios esté disponible para cada persona en la historia del mundo. Dios murió para que pueda conocerlo vivo. ¡Dios murió para que realmente pueda vivir para siempre y probar incluso, en esta vida, la abundante bondad de la Resurrección!

Pregunta de reflexión: Si Dios nos ama infinitamente en Cristo, ¿cómo respondemos a tal bondad?

Podemos sentir la tentación de considerar el ejercicio anterior de recordar el amor profundo, permanente y personal de Dios y nuestra propia respuesta a eso, algo simple. Sin embargo, por más básico que parezca, el amor infinito de Cristo por nosotros es absolutamente fundamental en todos los aspectos de nuestra existencia, abarcando desde por qué estamos vivos hasta nuestra esperanza de una felicidad verdadera y duradera. Por lo tanto, internalizar la realidad del amor de Dios por nosotros es esencial si queremos dar fruto en nuestros esfuerzos por evangelizar a otros y santificar al mundo para Cristo.

Dios desea relación. Él desea una relación *con* nosotros y desea una relación *entre* nosotros. Ese anhelo de una relación auténtica está presente en todos nosotros porque así es como nos creó. Queremos amar y ser amados. El miedo humano más profundo es estar radicalmente solo y sin amor. Hace poco vi a un joven con una camisa que decía: "Sí a la relación. No a la religión." Quería decirle que la etimología de la palabra "religión" es "relación".

Si bien el número de personas que nunca han estado expuestas a ninguna religión organizada propia está en aumento, muchos de nosotros todavía hemos sido criados católicos (o al menos cristianos) desde nuestra juventud. Como tal, la *iglesia* ha sido parte de nuestras familias y nuestras comunidades locales. Es posible que hayamos ido a una escuela católica o asistido a una educación religiosa, hayamos hecho nuestra Primera Comunión y hayamos sido confirmados. Hemos adorado en Misa, apoyado eventos parroquiales, y hemos puesto dinero en la canasta. Todas estas actividades son buenas, por

supuesto, pero la *iglesia* puede convertirse fácilmente en una "cosa" que hacemos, una parte de nuestra vida, pero no necesariamente la realidad central de nuestra existencia.

Necesitamos actuar en el nombre de Cristo, ciertamente, pero la *iglesia* también necesita ser un "quién" que somos nosotros. Necesitamos recuperar nuestra identidad una vez más como esa "comunidad de creyentes" descrita en los Hechos de los Apóstoles² y ser el Cuerpo de Cristo—viviendo y amando en la tierra.

Podemos percibir cierto malestar, no solo en la sociedad, sino incluso en nuestra Iglesia y en nuestras parroquias en estos últimos años. El miedo, la incertidumbre, la depresión y la pérdida de sentido afectan a muchos. ¡Porque amamos a la Iglesia y a la raza humana, queremos cambiar eso! El Papa San Juan XXIII reconoció el malestar, al ver cómo se había establecido un estancamiento en la Iglesia, incluso cuando una cultura cristiana vibrante estaba disminuyendo en el Occidente. Esta preocupación motivó su lanzamiento del Concilio Vaticano II; él llamó al Espíritu Santo a renovar la Iglesia, para que ella, a su vez, pudiera renovar el mundo. Quería animar las vastas energías del catolicismo global, reclamar quiénes somos como la comunidad ungida de creyentes en Cristo y luego salir al mundo para encenderlo con la verdad y el amor del Evangelio.

Desde entonces, cada uno de nuestros papas ha hecho eco y se ha basado en ese llamado y, de una manera particular, ha pedido una Nueva Evangelización—nueva, dijo el Papa San Juan Pablo II, en su ardor, método y expresión—pero no nueva en su mensaje central: que somos creados por Dios para una relación amorosa y que el Hijo ha venido a la ruina de nuestro mundo para reconciliarnos con el Padre e invitarnos a responder, creer, amar y seguirlo. Esta Nueva Evangelización, dijo San Juan Pablo, debe estar particularmente dirigida a culturas donde una presencia cristiana floreciente ha sido suplantada por ideologías seculares. El Papa Francisco, a su vez, nos insta a que salgamos a proclamar con valentía el Evangelio salvador de Jesucristo a todas las personas que conocemos, especialmente a los que están al margen de la sociedad y no simplemente a servir a quienes se acercan a la Iglesia. La Nueva Evangelización involucra a cada uno de nosotros. "Lo que les digo en privado, proclámenlo desde las azoteas".³

Hay muchas personas en nuestras propias familias y comunidades que ahora solo aceptan partes del mensaje cristiano. Para complementar y completar su cosmovisión, extraen partes de enseñanzas reflejadas en otras religiones y con diversos aforismos y lemas de cerca y de lejos. El resultado de esta fusión es una sociedad en gran parte educada en la superficie. La tolerancia, de algún tipo, parece ser la virtud suprema. La aceptación de los demás es algo bueno, pero sin una conexión con el amor y la verdad que ES Jesucristo y su mensaje completo y duradero, nuestra sociedad ha comenzado gradualmente a desintegrarse. La gente está alarmada por el malestar en nuestra sociedad, pero solo vacilantemente consideramos que a menudo intentamos encontrar una cura permanente en los lugares equivocados—sin importar la promesa que pueda tener la última moda. Muchas personas recurren a los líderes políticos, a los gurús de la autoayuda, al éxito material y a todo tipo de drogas y elixir para satisfacer la sed que solo el Agua Viva puede saciar.

² Hechos 2: 42-47; Hechos 4:32

³ Mateo 10:27

De alguna manera, esta dinámica también está presente en nuestras parroquias. Se ha intentado buscar en el mundo una forma de "salvar a la Iglesia". Como resultado, muchos han concluido que es más fácil vivir según la sabiduría del mundo, ajustando nuestra fe a sus estándares. Debemos participar en una nueva evangelización, recordándonos del mensaje del Evangelio, dejando a un lado lo que no satisface y ofreciendo esta Verdad y Amor a los demás de nuevo, comenzando por quienes nos rodean, y llamándolos al discipulado.

Jesús nos da un modelo para hacer esto. Considere la forma en que Jesús llama a San Pedro para que lo siga. Puede recordar los relatos evangélicos de Mateo⁴ y Marcos⁵, donde Jesús se encuentra con los pescadores hermanos, Andrés y Pedro. En esos relatos, escuchamos a Jesús simplemente decir las palabras: "Sígueme, y yo los haré pescadores de hombres", y Andrés y Pedro dejan caer sus redes de pesca y lo siguen.

Parece ser simple. Jesús aparece en sus vidas, Él llama, ellos lo siguen.

Pero, el Evangelio de Juan amplía la lente para ver cómo llegamos al momento del llamado de Jesús a ellos y su respuesta. Al comienzo del Evangelio de Juan⁶, vemos a Juan el Bautista difundiendo las buenas noticias de que el Ungido de Dios ha llegado. Uno de los que escucha a Juan el Bautista es su discípulo, Andrés. Cuando Jesús pasó, Juan se volvió hacia Andrés y otro de sus discípulos y proclamó: "Eso es el Cordero de Dios."

Después de quedarse con Jesús por un tiempo, Andrés se dirige inmediatamente a su hermano, Simón (Pedro) y le dice: "¡Hemos encontrado al Mesías!" Y Simón Pedro se encuentra con Jesús mismo.

Lo mismo vale para cada seguidor de Jesús. Son llamados a la fe a través de la ayuda mediadora de una persona de confianza en su vida.

Pregunta de reflexión: ¿Quiénes son las personas que Dios ha usado para llamarnos a una relación con Él?

Al considerar este esfuerzo de evangelización, vuelvo a menudo a la historia de Pentecostés. Es una parte de nuestra historia que es perfecta para este esfuerzo, y también el punto de partida para todo mi ministerio como obispo. Me gustaría volver a considerarlo mientras renovamos nuestros esfuerzos para dar nueva vida a nuestra propia *iglesia* local y llamamos a nuestras hermanas y hermanos a reclamar su patrimonio como cristianos bautizados.

Para preparar el escenario, recuerde que Pedro, Andrés y los demás apóstoles y discípulos han seguido a Jesús por Judea, Samaria y Galilea durante tres años. Han visto sus obras poderosas y han escuchado sus enseñanzas. Pedro ha profesado que Cristo es el Mesías, el Hijo de Dios. Se les dio una idea de lo

⁴ Mateo 4:18-22

⁵ Marcos 1:16-20

⁶ Juan 1:35-42

que estaba por venir—su tortura y muerte—y se les dijo que resucitaría.⁷ Y, sin embargo, cuando Jesús fue secuestrado, injustamente sentenciado, torturado y crucificado, todos menos algunos corrieron. Y, aparte de quizás la Virgen María, todos se quedaron perplejos, hasta asustados.⁸ Pedro, a quien Jesús le confió tal responsabilidad y quien fue el primero en profesarlo como Mesías, negó a Jesús y se escondió de estar asociado con Él.

Los Apóstoles continúan con miedo y confundidos hasta el momento de Pentecostés cuando nace la Iglesia, el momento en que el Espíritu Santo de Dios descendió sobre los Apóstoles, los primeros seguidores de Cristo, y a través de Su unción, los transformó de un grupo de seguidores asustados, a ser el mismo Cuerpo de Cristo aquí en la tierra. Su confusión da paso a la claridad, su miedo a la inspiración. El Espíritu de Dios vino sobre la Iglesia y transformó a estos individuos de una manera tan profunda que el mundo entero literalmente nunca sería el mismo.

Cuando lo piensas, muchos de los Apóstoles y discípulos ya habían experimentado a Cristo resucitado, pero no estaban seguros de qué hacer con eso. Pedro volvió a la pesca (lo que sabía). Estuvieron en gran medida en silencio y temerosos de compartir lo que habían experimentado. ¡Cuánto me gustaría haber sido una mosca en la pared del lugar donde estaban reunidos los Apóstoles cuando llegó el Espíritu Santo! ¿Qué pasó allá arriba? ¿Se incendió el cabello de los Apóstoles? ¿Fueron los primeros seguidores de Jesús arrojados contra la pared por la fuerza del viento? No lo sabemos completamente. Lo que está claro es que esta unción espiritual los cambió fundamentalmente. Si antes tenían miedo, confusión y silencio sobre su experiencia del Cristo resucitado, ahora se apresuran a las calles de Jerusalén, audaces, claros y elocuentes en su testimonio de Jesucristo crucificado y resucitado como el nuevo significado de la historia humana. Ellos proclaman a Jesucristo como Señor. Esta afirmación audaz es la definición de la palabra "*kerigma*", la pieza central de nuestra fe.

¿Cuánto parece como nosotros y tantos de nuestros familiares y amigos? Hemos experimentado a Cristo resucitado en algún nivel, pero no estamos seguros de qué hacer con eso. Nos ocupamos de nuestro negocio, haciendo lo que sabemos y con lo que nos sentimos más cómodos. Y permanecemos en gran medida en silencio y temerosos de compartir lo que hemos experimentado. Me llama la atención que nos parecemos mucho a esos primeros discípulos de Cristo. ¿Y qué les pasa a ellos?

Al permanecer fieles a Cristo, incluso en su temor, durante nueve días rezan por la venida del Espíritu Santo, tal como Jesús les ha ordenado. ¿Cómo podrían haber sabido qué esperar? Cuando el Espíritu Santo descendió sobre ellos bajo la forma de viento y llamas, esta experiencia cambió todo.

Los apóstoles se extendieron inmediatamente por todo el mundo y asumieron la cultura pagana con la absoluta confianza de que, si comparten su fe y hablan la Buena Nueva, tendrá efecto. No permanecen acurrucados juntos, sino que salen de inmediato.

Los Hechos de los Apóstoles detalla la predicación de Pedro a las multitudes en Pentecostés. Y las Escrituras nos dicen que, cuando la multitud escuchó su fuerte mensaje, "se afligieron profundamente, y le preguntaron a Pedro y los otros apóstoles, '¿Qué tenemos que hacer, hermanos?'" Pedro les dice:

⁷ Juan 14

⁸ Juan 20:19

“Arrepiéntanse, y que cada uno de ustedes se haga bautizar”.⁹ Él promete que, si lo hacen, recibirán también el Espíritu Santo. Y, de hecho, esa promesa se cumple a través de los Sacramentos de Iniciación de la Iglesia hasta hoy. ¡La Iglesia nace y se sostiene en el poder explosivo del Espíritu Santo!

Aquí está toda la inspiración, definición y expansión de la misión de la Iglesia—que es precisamente lo que es la evangelización. He dicho antes que la gente a menudo se asusta con la palabra "evangelización", pero está muy simplemente enraizada en griego y en latín para "el Evangelio"—*evangelion* o *evangelium*, o "la buena noticia". La evangelización es, "buenas noticias", contando las buenas noticias a otros sobre la riqueza de nuestra relación con Cristo y la naturaleza salvadora y misericordiosa de su venida.

Si lo piensa bien, si esos primeros discípulos no siguieron el plan de Dios y salieron, si simplemente se regocijaron al saber que eran amados y salvos, y lo dejaron allí, ni usted ni yo conoceríamos a Cristo. No hubiéramos recibido esta buena noticia nosotros mismos.

Si realmente queremos ser discípulos, no tenemos otra opción que hacer lo mismo. Ser un mediador, un misionero para los demás, es fundamental para que seamos discípulos.

Nos han dado un tesoro. Ha llevado más de dos mil años y, literalmente, les ha costado la vida a las personas entregarlo, pero ahora lo tenemos. Lo interesante de este regalo, sin embargo, es que podemos permanecer con él, y podemos y debemos pasar tiempo considerando lo agradecidos que estamos por él—ofreciendo nuestro agradecimiento al Dador. Pero si solo lo colocamos en un estante o, lo que es peor, lo enterramos, nos será quitado. Un principio fundamental de Alcohólicos Anónimos es que uno solo puede mantener la sobriedad personal si ésta se ocupa en ayudar a otra persona a encontrar la suya. Así es con fe. La fe compartida es fe fortalecida.

¿Por qué es esto? ¿Qué nos obliga a evangelizar? Amor. Amor de Aquel que nos amó primero. Amor a nuestro prójimo. Amor a nosotros mismos como Él nos ama. Cuando piensas en ello, si realmente valoramos el regalo que Dios nos ha dado al amarnos, redimirnos y atraernos a Sí mismo, la única respuesta apropiada es amar, agradecer y glorificarlo (y esto siempre debe fluir de y llevar a la Eucaristía). La mejor y más perfecta manera de amar a Dios es guardar sus mandamientos¹⁰ y la última misión que dio a sus discípulos fue precisamente evangelizar—hacer discípulos.¹¹ Para amar a nuestro prójimo y amarnos a nosotros mismos perfectamente, debemos desear trabajar por la salvación de las almas—para traer a los demás y, en última instancia, a nosotros mismos a una unión perfecta con Dios. El amor de Dios nos obliga a evangelizar.

Somos discípulos, evangelizadores, y estamos llamados a ser misioneros por amor a quienes nos rodean. Queremos que cada ser humano conozca y ame a Dios, que experimente la salvación.

⁹ Hechos 2:36-38

¹⁰ Juan 14:15

¹¹ Mateo 28:18-20

Pregunta de reflexión: Nombre dos o tres personas inmediatas a quienes Dios nos llama a ser mediadores y mensajeros del amor de Dios, para servir como discípulos misioneros.

Sé que muchas personas en nuestra diócesis ya están trabajando muy duro en estos esfuerzos. Algunos han dedicado toda su vida al Señor y a la evangelización, y por eso, estoy muy agradecido. Pero el Señor nos está desafiando a todos, especialmente a mí, en este momento crucial de la historia, a considerar lo que estamos haciendo y a comenzar de nuevo. Compartir nuestra fe siempre ha sido un componente esencial del catolicismo. Esto no es algo terriblemente novedoso. Lo nuevo es el contexto cultural en el que nos encontramos. Muchas personas son indiferentes a la religión, la ven como ficción o incluso la ven como perjudicial. Esta iniciativa evangelizadora no es simplemente un proyecto que captará nuestra atención durante varios años y luego desaparecerá. Es, más bien, un llamado a un estilo de vida completo como discípulo del Señor Jesús.

Dicho esto, espero que podamos intentar llevar a cabo esta iniciativa de manera concreta para renovar continuamente nuestra consideración de lo que significa ser evangelizadores nosotros mismos. Centrarse en algunas de las realidades profundas y fundamentales del llamado de Cristo a nosotros es muy bueno, pero a veces necesitamos un marco práctico y algunas ideas más concretas para llevarnos adelante.

Con ese fin, con un gran aporte de nuestros sacerdotes y líderes laicos, mi equipo y yo hemos reunido algunos recursos que se pueden encontrar en línea, creando una página web para esta "Iniciativa Vayan y Hagan Discípulos" (www.madisondiocese.org/gmd). Uno de los documentos clave es "Una Visión Común para la Evangelización". Allí definimos y desarrollamos algunos de los términos claves que he usado aquí, para que podamos intentar comenzar con una comprensión compartida. Los documentos allí también establecen tres fases que propongo para enmarcar nuestros esfuerzos.

El diseño de fases podría tentarnos a pensar solo de una manera lineal. Sin embargo, las fases están diseñadas para construir, más como círculos concéntricos, de modo que la Fase II no significa el final de la Fase I, y así sucesivamente.

En la primera fase, le pido a cada pastor que forme y renueve sus propios líderes parroquiales. Me gustaría que los mismos sacerdotes, junto con los miembros del personal y los voluntarios, luchan con las realidades que he expuesto aquí y profundicen sus propias vidas de oración. El objetivo, de esta fase, como está escrito en nuestro cronograma, es que los sacerdotes y los líderes de la parroquia "crecerán en su comprensión y celo por el trabajo de evangelización, adoptando esto como la misión principal de la parroquia: predicar el Evangelio con coraje y confianza, con fidelidad a las enseñanzas de Cristo y su Iglesia, con creatividad inspirada por el Espíritu, con generosidad y sacrificio, siendo continuamente transformados y renovados en corazón y mente".¹²

La clave de esta primera fase es un enfoque en lo básico: guardar los mandamientos, la oración y los sacramentos, el arrepentimiento y, la auto abnegación, intentando deshacernos de los apegos que nos

¹² cf. Romanos 12:2; Del Cronograma Fase I "Vayan y Hagan Discípulos"

impiden "renunciar a todo" para seguir a Cristo¹³, y para renovar nuestros esfuerzos en hacer buenas obras para la construcción del Reino de Dios.

La Fase II está expandiendo esencialmente el círculo de la Fase I a todos nuestros católicos creyentes y practicantes en la parroquia. En esta fase, los sacerdotes y los otros líderes que él ha identificado harán un llamado a cada persona en la parroquia para que emprenda la misma renovación de la oración y la relación con el Señor en sus vidas, y abrace su llamado a ser ambos fervientes discípulos del Señor y misioneros a familiares y amigos.

La Fase III es ir más allá de los muros de la parroquia para proclamar la Buena Nueva al mundo. Esto requerirá tomarse un tiempo entre la segunda y la tercera fase para crear un plan parroquial deliberado para la evangelización. Este proceso de planificación, basado en nuestra oración renovada, es un esfuerzo para que cada comunidad parroquial pregunte, en el contexto de sus propias comunidades: "¿Cómo vivimos nuestra misión de una manera nueva y audaz? ¿Cómo involucramos a aquellos que no están involucrados en la vida de la Iglesia?" Estos esfuerzos deben basarse fundamentalmente en una proclamación simple y clara del mensaje del Evangelio y el plantear a nuestros amigos, familiares y vecinos algunas de las preguntas claves con las cuales que espero que hayamos luchado en esta carta.

Es posible que ya estemos haciendo mucho de esto en nuestras parroquias particulares, pero aún si es así, la tentación común es olvidarse del "¿por qué?" Aquí podría ser útil observar cada una de las cosas que se hacen en la parroquia, desde la educación religiosa hasta la venta del pescado frito (y todo lo demás), y preguntarse: "¿Cómo nos ayuda esto a cumplir nuestra misión? ¿Hacer esto se ha convertido simplemente en mantener un programa en marcha? ¿Podemos restablecer esa mentalidad ... o sería mejor dejar atrás ciertas cosas para enfocar nuestras energías en seguir de nuevo a Jesús?"

Al reflexionar sobre toda esta iniciativa, nuestros sacerdotes y otros líderes me han pedido ideas concretas al respecto. En parte, quiero que cada parroquia se concentre realmente en su propia situación, pero con la comprensión clave de que el tesoro que se nos ha dado a través de Cristo y Su Cuerpo, la Iglesia, contiene la verdad de las Escrituras, la eficacia de la Misa, la gracia salvadora de los sacramentos, la belleza del catecismo y el testimonio heroico de los santos.

Un componente central de nuestra vida en Cristo, que cada parroquia e incluso toda la diócesis puede vivir más profundamente es la recuperación del tesoro que es el Sabbat—el día de la Resurrección del Señor. Deberíamos considerar nuevamente el significado del domingo. Después de que Pedro predica a las multitudes y después de que fueron "se afligieron profundamente", las Escrituras cuentan cómo todos los bautizados vivieron su fe. Oímos que "acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la convivencia, a la fracción del pan y a las oraciones".

Creo que todos deberíamos tener el desafío de hacer del domingo, y en particular, la celebración comunitaria de la Misa, el centro de nuestra semana. En la Misa escuchamos la "enseñanza de los apóstoles", experimentamos nuestras vidas de fe en comunión unos con otros, y ¿qué más es "la fracción del pan ... y las oraciones", sino la Misa?

¹³ Mateo 19:27

Mientras escribo esto, a muchos de nosotros se nos ha recordado el regalo que tenemos en simplemente poder asistir a Misa juntos el domingo. Ha sido difícil no reunirse para la Misa y espero que nunca tengamos que pasar por esto nuevamente. Sin embargo, por otro lado, he escuchado de varias personas sobre las posibilidades que han tenido para dejar de lado tantas distracciones externas para concentrarse en sus familias y descansar en este momento de cuarentena. No olvidemos lo bueno de eso. El Señor desea que cada domingo sea un mini retiro para nosotros, no dirigidos a nosotros mismos, sino a Él. El Señor no desea que mantengamos "la distancia social", sino que seamos intensamente comunales. Tomemos las partes buenas de la experiencia de cuarentena y reenfoquemos nuestros domingos, para que nunca nos olvidemos de tomar el tiempo para la adoración, la familia, el tiempo libre, el descanso, el estudio y la oración juntos, reconociendo que cada día de nuestras vidas debe centrarse en la vida que tenemos en Él.

La Fase III consiste esencialmente en la implementación de los planes concretos que cada parroquia ha elaborado. Cuando lo piensa, todas estas fases están en curso y son básicamente a lo que ya hemos sido llamados. Simplemente estoy pidiendo que reenfoquemos nuestras energías y nos embarquemos en abrazar nuestro llamado y nuestra misión nuevamente.

¡Imagínese si cada católico bautizado en nuestra diócesis fuera a Misa todos los domingos, orara todos los días, se confesara una vez al mes, abrazara alguna forma de sacrificio, amara y sirviera a los pobres y necesitados, y se involucrara en su parroquia! ¡Mire el gran bien logrado por una minoría de nuestro pueblo católico! ¡Imagínese si tuviéramos a todos a bordo de la Barca de Pedro!

A través de nosotros, el Señor continúa atrayendo personas hacia Él. Él quiere que—tanto a través de nuestras palabras como de la forma en que vivamos nuestras vidas—contemos las buenas noticias de su vida, muerte y resurrección. Con nuestra ayuda, Él continuará a "afligir profundamente" a los que nos rodean, para que puedan hacer la misma pregunta: "¿Qué debemos hacer para ser salvos?" A través de nuestro testimonio, los que nos rodean lo encontrarán y escucharán el llamado a seguir, a arrepentirse y serán salvos.

Como Iglesia y como mundo, enfrentamos un desafío que es único y, sin embargo, muy similar al desafío que siempre enfrenta la Iglesia, incluso desde sus primeros días. El desafío es único en el sentido de que estamos, en muchos sentidos, en una época que puede ser etiquetada como "post-cristiana". En nuestros días, el impacto de la venida de Dios para habitar con nosotros en la persona de Jesucristo a menudo se ignora, se pasa por alto y se olvida porque se ha vuelto a la vez cómodo e inconveniente. Durante casi dos mil años, la mayor parte del mundo occidental ha tomado la realidad de la Encarnación como un hecho. Y en ese tiempo, las enseñanzas del Dios-hombre, que una vez fueron devastadoras, se han diluido. Las partes que todavía son sabrosas se han incorporado a las sutilezas generales de nuestra sociedad y las piezas más desafiantes se han marginado. Sin embargo, a menudo se pasa por alto y se desconoce la noción fundamental de que Dios se haga hombre y muera por nosotros. ¿El evento de Cristo realmente se erige como una base radical de la mayoría de las vidas humanas?

Lo que puede y marcará la diferencia es nuestro testimonio de esa realidad—nuestros valores, palabras y acciones, cómo gastamos nuestro tiempo y dinero, cómo nos perdonamos y amamos unos a otros. El testimonio de un discípulo cristiano, ferviente en su creencia, y viviendo el mayor de los mandamientos—amar a Dios con todo tu corazón, alma y mente y a tu prójimo como a ti mismo—es la fuerza más convincente del universo.

Cuando considera momentos en su vida en los que se ha encontrado con un verdadero acto de amor o una verdad profunda y fundamental, se da cuenta cuan impactante y, a menudo, cómo cambió su vida. Ahora considere que profesamos que Jesucristo es la encarnación tanto del amor como de la verdad. La difusión del Evangelio a todos los rincones del mundo continúa porque los discípulos apasionados del Señor dieron sus vidas a la gran tarea de la evangelización.

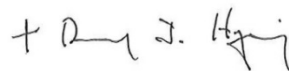
Nuestro mundo tiene un dolor profundo y anhela a Jesucristo—¡incluso si no lo saben! Puede parecer intimidante predicar a Jesucristo en nuestra cultura. Puede parecer que todo está trabajando en contra de ese mensaje al enfrentar los vientos en contra de una cultura que sopla directamente contra lo que el Señor tiene para ofrecer. Pero, ese desafío es precisamente nuestra oportunidad. Tenemos que zarpar de una nueva manera, aprovechando los vientos en contra actuales y convirtiéndolos en nuestra ventaja. Sí, hay muchas cosas en el mundo que son contrarias al plan de Dios, y esa es precisamente la razón por la cual el mundo necesita aún más escuchar la Buena Nueva.

Puede parecer una tarea desalentadora, pero siempre lo ha sido. Incluso para los primeros discípulos y apóstoles fue así. Pero cada una de esas primeras mujeres y hombres se acercaron, dieron testimonio y atrajeron nuevos discípulos. Y esos nuevos discípulos, a su vez, hicieron lo mismo ... e hicieron lo mismo, y así sucesivamente, hasta los individuos precisos que fueron efectivos en predicarnos la Buena Nueva a nosotros.

En la Iglesia, siempre es aproximadamente una hora después del amanecer. ¡María Magdalena corre hacia los Apóstoles para decirles que la tumba está vacía y que Jesucristo ha resucitado! ¡La Iglesia es joven! ¿Qué son 2000 años a la luz de la eternidad? ¡Jesús es el Señor y tenemos trabajo que hacer! Recuerde el *kerigma* y nuestra misión recibida. Jesús murió por nosotros y esta historia de amor debe contarse hasta el fin de los tiempos.

Se nos ha dado todo lo que necesitamos—el mensaje de nuestro Señor es claro y últimamente simple: “Vayan, pues, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos. Bautícenlos en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enséñenles a cumplir todo lo que yo les he encomendado a ustedes. Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de la historia”.¹⁴

Dado en la Solemnidad de Pentecostés, el 31 de mayo del año de Nuestro Señor 2020.



+Donald J. Hying
Obispo de Madison

¹⁴ Mateo 28:19-20